

marcaban el olor de la costa, de los juncos, de los tréboles, de las hierbas y de las rocas aun húmedas, le animaba más y más, y á cada segundo, á cada paso, á cada mirada que dirigía á la silueta esbelta de la joven, se sentía más decidido á decirla que la amaba y quería casarse con ella. La pesca le serviría, facilitándole hablarla aparte, siendo además muy á propósito para hablar de amor aquel lugar poético y solitario.

Cuando llegaron al final del valle, al borde del abismo, vieron una senda que bajaba á lo largo de las rocas, entre el mar y el pie de la montaña, pasando por en medio de una porción de rocas enormes que parecían los restos de una gran ciudad destruída por un terremoto ó por el empuje del Océano y dominada por el muro blanco y prolongado de la costa.

—¡Qué hermoso es esto!—dijo parándose la señora de Rosemilly.

Juan se había acercado, y con el corazón conmovido, la ofreció la mano para bajar la estrecha escalera cortada en las rocas.

Siguieron adelante, mientras Beau-sire, afirmándose en sus piernas cortas, tendía el brazo doblado á la señora de Roland, desvanecida por el vacío.

Roland y Pedro iban los últimos, y el doctor hubo de arrastrar á su padre, tan dominado por el vértigo, que á cada escalón se dejaba caer sentado.

Los jóvenes, que iban á la cabeza, andaban de prisa, y encontraron un banco de madera que invitaba al descanso á la mitad de la cuesta. Un hilo de agua clara brotaba de la roca y caía primero en una piedra hueca, que semejaba una cubeta, y desde allí formaba una cascada de ocho pies de altura y por fin se perdía entre las hierbas y los pedruscos.

—¡Qué sed tengo!—dijo la señora de Rosemilly.

Pero ¿cómo beber? Trató de recoger en el fondo de la mano el agua que se le escapaba por entre los dedos. Juan tuvo una idea, que fué atajar el agua con una piedra, y ella se arrodilló para beber en la misma fuente que se le presentaba á la altura de sus labios.

Cuando levantó la cabeza, llena de gotitas brillantes en la piel, en el pelo, en las cejas, Juan inclinado hacia ella murmuró:

—¡Qué linda es Ud.!

Ella contestó en el tono que se adopta para reprender á un niño:

—¿Quiere Ud. callar?

Eran las primeras palabras galantes que cambiaban.

—Vamos—dijo Juan algo aturdido, —sigamos antes de que nos alcancen.

Efectivamente, cerca de ellos se veía la espalda del capitán Beausire,

que bajaba andando hacia atrás para sostener con las dos manos á la señora de Roland, y más lejos á Roland que seguía arrastrándose apoyado en los pies y en los codos, semejante á una tortuga, mientras Pedro le precedía vigilando sus movimientos.

El sendero menos escarpado se hacía una especie de camino inclinado, que rodeaba los enormes trozos desprendidos de la montaña. La señora de Rosemilly y Juan echaron á correr y llegaron pronto al tajo, que atravesaron para ganar las rocas, que se extendían en una larga y plana superficie, donde brillaban innumerables charcos de agua. La marea estaba ya muy lejos, detrás de aquella llanura llena de algas.

Juan se levantó el pantalón hasta las rodillas y las mangas hasta el codo, y gritando: “¡Adelante!”, saltó con resolución el primer charco que encontraron.

Más prudente, aunque decidida á entrar también en el agua, la joven daba vueltas al rededor del charco, con pasos menuditos, porque resbalaba sobre las plantas viscosas.

—¿Ve Ud. algo?—preguntaba.

—Sí, veo el rostro de Ud. reflejarse en el agua.

—Pues si no ve Ud. otra cosa no hará Ud. gran pesca.

Juan murmuró cariñosamente:

—De todas las que puedo hacer, ninguna tan grata para mí.

—Ya verá Ud. cómo se escapa de su red—dijo ella riendo.

—Sin embargo, si Ud. quisiera...

—Yo quiero ver á Ud. coger cangrejos y nada más... por ahora.

—Es Ud. mala. Vamos un poco más lejos, aquí no hay nada.

Y la ofreció la mano para andar por las rocas resbaladizas. Ella se apoyaba un poco temerosa y él se sentía cada vez más invadido por el amor,

por el deseo, por el hambre de aquella mujer, como si los sentimientos que le inspiraba hubiesen hecho explosión en aquel momento.

No tardaron en llegar á una charca más profunda, donde flotaban debajo del agua una porción de hierbas, largas, finas y de extraños colores, que nadaban hacia el mar arrastradas por una corriente invisible.

La señora de Rosemilly gritó:

—Mire Ud., allí veo uno, grande, muy grande.

El lo vió también y entró resueltamente en el charco, aunque el agua le llegaba á la cintura.

Pero el crustáceo agitaba sus largos bigotes y retrocedía ante la red. Juan le acosaba hacia los juncos, seguro de cogerlo. Cuando se vió bloqueado, se deslizó rápidamente por debajo de la red, atravesó la charca y desapareció.

La joven, que miraba con interés

aquella caza, no pudo contener un grito:

—¡Torpe!

Juan se sintió herido en su amor propio, y con un movimiento irreflexivo metió la red en un hoyo lleno de hierbas. Al sacarla á la superficie del agua, vió dentro tres grandes cangrejos transparentes, que había cogido en su invisible escondite.

Los presentó triunfante á la señora de Rosemilly, que no se atrevía á cogerlos por miedo á la punta aguda y dentada de que tienen armada la cabeza. Por fin se decidió, y cogiéndolos entre los dedos los fué metiendo en la cesta con un poco de alga para que se conservasen vivos. Luego, habiendo encontrado un charco menos profundo, entró en el agua, un poco contrariada por el frío que sentía en los pies, y se puso á pescar á su vez. Era hábil y astuta, tenía la mano ligera y el acierto de cazador que á él le faltaba.

Casi siempre que metía la red sacaba algún cangrejo engañado y sorprendido por la lentitud ingeniosa de su persecución.

Juan entonces no pescaba nada, pero la seguía paso á paso, acercándose á ella y aparentando gran desesperación por su torpeza y mucho deseo de aprender.

—Enséñeme Ud.—decía,—enséñeme Ud.

Cuando sus dos caras se reflejaban juntas en el agua clara que las plantas negras del fondo convertían en espejo Juan sonreía á la joven, que le miraba desde abajo y le enviaba besos con la punta de los dedos.

—¡Qué fastidioso es Ud.!—decía ella—amigo mío, no se pueden hacer dos cosas á un tiempo.

Él contestaba:

—Yo no hago más que una. La amo á Ud.

Ella se levantó, y dijo seriamente:

—¿Pero qué tiene Ud. hace diez minutos? ¿Ha perdido Ud. la cabeza?

—No, no he perdido la cabeza. La amo á Ud., y por fin me atrevo á decirselo.

Estaban en pie, metidos en el charco de agua salada que les mojaba hasta las pantorrillas, con las manos chorreando apoyadas en las redes y mirándose fijamente.

Ella dijo en tono entre satisfecho y contrariado:

—¿Para qué me habla Ud. de eso en este momento? ¿No podía Ud. esperar á otro día y no echarme á perder mi pesca?

—Perdone Ud.—murmuró él,—no he podido callar. Amo á Ud. hace mucho tiempo. Hoy ha acabado usted de volverme loco.

Ella entonces pareció adoptar una resolución y decidirse á hablar de negocios y renunciar á sus placeres.

—Sentémonos en esa piedra—di-

jo,—y podremos hablar tranquilamente.

Treparon á la roca, que estaba un poco alta, y se sentaron al sol con los pies colgando. Entonces continuó la joven:

—Amigo mío, Ud. no es un niño, y yo no soy tampoco una joven soltera. Los dos sabemos de qué se trata y podemos pesar las consecuencias de nuestros actos. Si Ud. se decide á declararme su amor, supongo que naturalmente deseará Ud. casarse.

El no esperaba que se le presentase tan escuetamente la cuestión, y contestó cándidamente:

—Sí.

—¿Ha hablado Ud. á sus padres?

—No, quería saber si Ud. me aceptaba.

Ella le tendió la mano, aun mojada, y dijo mientras él la estrechaba con entusiasmo:

—Sí, yo le creo á Ud. bueno y leal.

Pero no olvide Ud. que no quisiera disgustar á sus padres.

—¡Oh! ¿cree Ud. que mi madre no ha adivinado nada, y que amaría á usted como la ama si no deseara un enlace entre nosotros?

—Es verdad, estoy un poco turbada.

Los dos callaron. Juan se admiraba de que la viuda, contra lo que decía, estuviera tan poco turbada. Él esperaba algunas coqueterías meticulosas, alguna vacilación, alguna incertidumbre. Y lejos de eso, en veinte palabras se encontraba ligado y poco menos que casado. Como los dos estaban de acuerdo no les restaba nada que decirse, y quedaron en una situación un poco embarazosa, sin atreverse á hablar ni á pescar y sin saber qué hacer.

La voz de Roland les gritó:

—Por aquí, por aquí. Vengan ustedes á ver á Beausire. Va á despojar el mar.

El capitán, en efecto, realizaba una pesca prodigiosa. Mojado hasta los riñones, iba de charco en charco, conociendo con una sola ojeada los sitios mejores, y recorriendo con un movimiento seguro y lento de su red todas las cavidades ocultas bajo las hierbas.

Y los hermosos cangrejos transparentes, de un rubio gris, se agitaban en su mano cuando los cogía con rapidez para echarlos en la cesta.

La señora de Rosemilly, sorprendida, encantada, le seguía, procurando imitarle, olvidada casi de su promesa y de Juan que no la abandonaba, para entregarse por completo al goce infantil de coger crustáceos bajo las hierbas flotantes.

Roland exclamó de pronto:

—¡Calle! mi mujer también viene.

Ésta se había quedado sola con Pedro en la playa, porque ni uno ni otro tenían gana de saltar por entre las rocas ni mojarse los pies; y, sin em-

bargo, parecía que evitaban quedarse juntos. Ella tenía miedo de él y él de ella, de sí mismo y de su crueldad que no podía dominar.

Se sentaron en una piedra uno al lado de otro.

Y los dos, bañados por el sol, cuyos ardores templaba la brisa del mar, contemplando aquella inmensa sábana de agua plateada, pensaban que para ellos hubiera sido mejor encontrarse así en otro tiempo.

La madre no se atrevía á hablar á Pedro, sabiendo que le contestaría con dureza, y él no osaba desplegar los labios, seguro de que acabaría por una violencia.

Golpeaba con la punta del bastón las piedrecillas que tenía á su alcance, y ella, que había cogido dos ó tres chinitas, las pasaba distraídamente de una mano á otra. Por fin la mirada indecisa de la madre se fijó en Juan, que pescaba con la señora de Rose-

milly, y les siguió con la vista, espionando sus movimientos y comprendiendo con su instinto de madre que no hablaban como todos los días. Les veía acercarse uno á otro cuando se miraban en el agua, permanecer frente á frente cuando interrogaban sus corazones y luego trepar á las rocas para sentarse juntos.

Sus siluetas se destacaban claras, parecían solas en medio del horizonte, y tenían en aquel ancho espacio de cielo, de mar y de rocas algo de grande y de simbólico.

Pedro también los miraba, y dejó escapar una risa estridente y seca.

La señora de Roland le dijo sin volverse:

—¿Qué tienes?

Él seguía riendo.

—Me estoy instruyendo. Aprendo cómo se prepara uno á ser cornudo.

La madre sintió un estremecimiento de cólera, herida por aquella pala-

bra, y exasperada de lo que en aquel momento significaba.

—¿Por qué dices eso?

—¡Por Juan! Es muy cómico verlos así.

Ella murmuró en voz baja, temblando de emoción:

—¡Qué cruel eres! Esa mujer es la virtud misma. Tu hermano no podía hacer mejor elección.

Pedro volvió á reír con mucha más fuerza.

—¡La virtud misma!... Todas las mujeres son la virtud misma, y todos los maridos son cornudos...

La madre, sin contestar una palabra, se levantó y bajó corriendo la cuesta á riesgo de romperse una pierna ó un brazo, resbalando en una piedra ó cayendo en uno de los hoyos ocultos bajo la hierba. Sin mirar dónde ponía los pies, atravesando charcas, saltando pedruscos, corrió en línea recta hacia su otro hijo.

—¿Te decides, mamá?—gritó Juan al verla.

Sin contestar una palabra, su madre le cogió el brazo como diciéndole: “¡Sálvame, defiéndeme!..”

—¡Qué pálida estás!—dijo Juan sorprendido.—¿Qué tienes?

—He estado á punto de caer, y he tenido miedo de estrellarme en las rocas.

Juan la acompañó, sosteniéndola y explicándola cómo se pescaba para que tomase interés. Pero como ella no le escuchaba y él experimentaba un gran deseo de confiarse á alguien, se la llevó más lejos y la dijo en voz baja:

—Adivina lo que he hecho.

—Yo... yo no lo sé.

—Adivina.

—No, no lo sé.

—He dicho á la señora de Rosemilly que me quiero casar con ella.

La madre no contestó, porque tenía la cabeza tan aturdida, estaba

tan preocupada, que apenas comprendía, y repitió:

—¡Casarte!

—Sí, ¿he hecho bien? Es encantadora, ¿no es verdad?

—Sí..... encantadora..... has hecho bien.

—¿Es decir que lo apruebas?

—Sí.

—¿Cómo dices eso?... Parece que no te agrada...

—Sí, sí... me agrada.

—¿De veras?

—De veras.

Y para probárselo, lo estrechó en sus brazos y lo besó apasionadamente.

Cuando se limpió los ojos, que tenía llenos de lágrimas, vió allá lejos, en la playa, un cuerpo tendido boca abajo como un cadáver, con la cara sobre la piedra: era el otro, Pedro, que meditaba desesperado.

Entonces se llevó á Juan más lejos todavía, y allí, junto á las olas, habla-

ron largamente de aquel casamiento tan grato á sus corazones.

La mar, que subía, los arrojó hacia los pescadores, y todos juntos volvieron á la costa. Despertaron á Pedro, que fingía dormir, y la comida fué muy larga, rociada con abundantes vinos.